6

1
CE
352/6

18 cms
R. 67.528
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada

VILLAESPESA

Canciones del camino.

MADRID
Librería de Pueyo.
Calle del Carmen, 33.
MCMVI

ES PROPIEDAD

Casas y González, impresores, Pizarro, 15, Madrid.

DEDICATORIA

Excmo. Sr. D. Manuel Héctor Abreu.

SEVILLA

Mi querido amigo: Os envío estas páginas, en recuerdo de nuestra convivencia en la divina ciudad de Becquer, el amado poeta.

Usted, con su gran talento y su exquisita sensibilidad, sabrá comprenderlas y sentirlas como yo quiero que las comprendan y las sientan.

Acéptelas, pues, con el mismo entusiasmo con que se las ofrece su devoto,

El autor.

Madrid, Marzo 1906.

FE DE ERRATAS

Págs.	DICE	DEBE DECIR
33	resbala en azul como una lágrima.	resbala en el azul como una lágrima.
64	la livida blancura de sus dientes.	la lívida blancura de sus dientes.
127	asciende por las ásperas montañas;	ascienden por las ásperas montañas;
155	para zarpar: la nave nos espera...	para zarpar la nave nos espera...

PROLOGO

Prólogo [1]

En la poesía española de todos los tiempos se nota el predominio del sentimiento sobre la intelectualidad, lo que constituye, al fin, la característica de todas las manifestaciones superiores de los pueblos latinos.

Como una exageración de la sensibilidad y una excitación de temperamento nos reflejan en bloque las impresiones del mundo externo, esto nos impide la absorción lenta, y por lo tanto, dificulta el análisis. Por eso, los grandes torturados, los grandes impresionistas y los grandes sentimentales salieron de los pueblos latinos, cuyas tendencias más profundas están aún hoy impregnadas de romanticismo. Baudelaire, Espronceda, Leopardi, Anthero de Quental, y antes Santa Teresa

(1) Cuando en Julio de 1903 se suicidó en Lisboa el joven escritor Manuel Cardia, entre los originales que dejó inéditos figuraba el siguiente fragmento, que publicaron algunos diarios portugueses, y que yo coloco al frente de esta colección de poesías como homenaje al gran espíritu del artista.—*(Nota del autor.)*

de Jesús, Villon y Bernardino Ribeiro, no analizaron la vida fríamente para urdir sus conceptos filosóficos; juzgáronla por un criterio estrechamente subjetivo.

Hacia los que reproducen impresiones de las líneas generales y sencillas de un sentimiento, se dirige, en busca de un lenitivo ó de una fraternidad de emociones, el ansia de la mayoría.

Hay otros cuya psicología es más refinada, cuya educación sentimental es más compleja, cuya sensibilidad es más enfermiza. Para éstos es más raro el movimiento de simpatía, puesto que están más lejos de las multitudes.

Además, como, en general, la comunicación de los artistas con el público pasa, desvirtuándose, por el medio refractario de la crítica, las concepciones pierden mucho de su limpidez bajo el peso de las interpretaciones preconcebidas.

Esto sucede con Francisco Villaespesa, que es en España un poeta eminente que no alcanzó aún la popularidad. Sus obras—como en Portugal las de Eugenio de Castro no transmigraron hasta hoy del círculo restricto de los intelectuales hacia el gran público.

Tal distancia existirá por largo tiempo.

***

La musa de Villaespesa fué una elegida virgen de los *Quattrocentisti*, visión casi apagada de un cuadro de Botticelli, atraída para la complicada vida moderna por un soñador de la Belleza Intangible.

En los *fietspeals* de Bayreuth aguzaron su sensibilidad emotiva los delirios orquestales de Wagner, y en cultos de paganismos la inició Stephane Mallarmé.

A la puerta de su alcoba, como á la entrada del infierno dantesco, hay también un dístico, aterrorizador dilema: *O rinnovarsi ó morire;* á la puerta de esa alcoba, donde la musa casi impúber practica su lujuria sutil y entrega á los extraños los estremecimientos pecaminosos de su cuerpo...

En su erotismo envuelve todos los tesoros de la tierra; ama por la misma razón los brotes de los árboles y los labios de las mujeres, los sones de una cítara y el vino de los festines; conmuévese con la misma intensidad delante de un cuadro, de un templo jónico ó un bosque de rosales, como ante una armadura de caballero andante, que le recuerda sagradas cosas muertas, sin razón para morir.

Flor de decadencia, indecisa idealización de una estética refinada: he aquí la musa del poeta. Os la presento tal como la sentí y escuché en una tarde febril.

Todos los años, desde el 1898, Francisco Villaespesa lanza al público un libro de versos.

Los publicados son, por orden cronológico: *Intimidades, Flores de almendro, Luchas, La copa del rey de Thule* y *El alto de los bohemios*. En las tres principales *étapes* marcadas por estas obras, nos depara motivos para interesantes estudios.

Viene primero el estado vacilante y pueril, por el que pasaron todos los grandes poetas.

Con el alma desnuda, entristecida por la rapidez del desencanto, el caminante se encuentra un día solo, sin coraje para continuar la jornada, sin fuerzas para volver atrás. En derredor, la Naturaleza, que todos estos males provocó, consérvase indife-

rente. Comprobar esta verdad causa una impresión tan dolorosa á los pobres enfermos, como el espectáculo del Otoño á un pletórico.

Entonces, la voz interior ruge dentro del pecho, la desgracia ajena no nos afecta, consumidas todas nuestras lágrimas por la desgracia propia. Y esta imposición del yo sobre toda la vida del medio, se exterioriza en fórmulas dogmáticamente pesimistas, si en aquel que sufre predomina la reflexión, ó en el ritmo de lamentaciones impotentes más consoladoras, si es un sentimental. He aquí la región donde mora Schopenhauer y aquella otra que habitó Musset... Algunas veces el equilibrio de las dos facultades intégrase en un mismo individuo, y nacen Heine, Oscar Wilde y Anthero de Quental.

Egoísmo y deformación, por lo tanto, en las percepciones de lo *ageno*, de todo aquello que es extraño á la criatura, son las características normales del lirismo primitivo y del sentimiento poético en estado rudimentario. Estas son también las predominantes en los dos primeros libros del poeta cuya obra pretendo definir.

En *Intimidades*, las sugestiones son frecuentes, la forma débil no da brillo á las ideas, y mueren ahogados en imágenes banales los sutiles conceptos reveladores de un alma atormentada de artista. Vacilante, vaga como un sol de invierno que las nieblas obscurecen, comienza á surgir la Belleza detrás de las concepciones frágiles y vacías.

Leí este libro después de conocer todos los policromos reflejos de las joyas que esmaltan la mejor obra de Villaespesa, *La copa del rey de Thule*. Leí con agrado aquellas balbucientes estrofas, no como lector en busca de sensaciones, antes como el naturalista que intenta reconocer en las fibrillas

de algún arbusto el germen del desenvolvimiento de los troncos de algún árbol en plena fuerza.

Desde que aceptamos principios pesimistas, si no nos resignamos al escepticismo ó á cualquier otra manera de ser pasiva, comienza á darse en nuestro espíritu una aberración crítica que nos hace suponer antagonismos entre todo lo que es espontáneo y natural en el individuo, y todo lo que es corolario de las necesidades de armonía individual ó social. La teoría de los conflictos, en los filósofos evolucionistas, se deriva de este error.

Tórnase entonces el pesimismo, por decir así, *militante*. Esto, en la filosofía ó en la poesía.

Obedeciendo á esta reacción lógica, Villaespesa escribió *Luchas*. ¡Y qué generoso temperamento de luchador! En este libro hay aún un extremo personalísimo: todos los fenómenos del mundo externo los ve el poeta por acción refleja, como reproducción de sus fenómenos íntimos. El dice á su musa...

> Eternamente cruzarás la tierra,
> mi corazón llevando por carroza
> y mis fogosos versos por corceles.

Y en la poesía titulada *Bohemia* defínese con precisión.

Un grupo de compañeros van interrogando á su alma, esprimiendo sus ambiciones:

> ¿Y tú?—me preguntaron—. Y yo, inmóvil
> permanecí en silencio.
> contemplando las vírgenes desnudas
> de los frescos del techo,
> que, ocultas entre el humo del tabaco,
> mostraban, silenciosas, sonriendo,
> las muertas esmeraldas de sus ojos
> y las marchitas rosas de sus senos.

Es el contemplativo, el soñador, que, á pesar de estar ocupado por la lucha, vuelve siempre á en-

tregarse á sí mismo, á abandonarse á sus cualidades esenciales, porque Villaespesa, en su libro, no podía al fin sofocar dotes ingénitos, tal vez atávicos.

Es curioso determinar—y *Luchas* nos da todas las bases—la personalidad moral de este poeta. Vimos que él era un individualista: en primer lugar, por ser un lírico; después por haber abrazado el pesimismo, y últimamente por su temperamento de contemplativo.

En los últimos tiempos, los individualistas trazaron los siguientes caminos:

1.º El *Culto del Yo*, predicado por Barrés y resuelto en un ideal de unificación.

2.º La *Aristocratización de la fuerza libre* (Nietzche, Max Stirner), terminando en una autocracia cesariana.

—El instinto domina al intelecto.

3.º El *Ibsenismo* ó teoría de la voluntad consciente.

4.º La *Síntesis del transformismo espiritualista* (E. Schuré, Mæterlink).

—La Verdad guiada por la energía.

No es mi intento estudiar aquí estas cuatro corrientes principales de la intelectualidad contemporánea, cuyo análisis ocuparía muchos volúmenes. Baste decir que las dos primeras son disolventes y tienden hacia el aniquilamiento, y que las segundas representan fórmulas de acuerdo con todas las modernas ideas de finalidad.

¿Cuál de ellas fué la seguida por Villaespesa?

Con certeza podemos decir: todas. Como D'Annunzzio, el poeta español se siente atraído hacia la disciplina moral, hacia la realización de la Belleza sobre *la vida interior*, hacia la sensualidad estéril y hacia el despotismo al mismo tiempo.

OFRENDA

Tienes el aire de esas inglesas silenciosas
que en los bancos musgosos de sus parques ducales,
mientras deshoja el viento las penúltimas rosas,
musitan melancólicas baladas otoñales.

Cuando tras las ventanas esperas nuestra cita,
hilando en áurea rueca tus ensueños nevados,
solo entonces te falta, para ser Margarita,
tener ojos azules y cabellos dorados.

Cincelé, como aquellos orfebres medioevales,
en tu honor estas rimas, mis regalos nupciales...
Sobre heráldico trono sonríes dulcemente...

Preludian una marcha los violines tzinganos,
y un paje rubio—el Sueño—se inclina reverente
á dejar este libro en tus pálidas manos.

LA SOMBRA DE LAS MANOS

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar...

¡Vuelve á suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgreñadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenüada...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia...

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda:
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria...

En la argéntea rueca donde
áureos ensueños hilabas,
hoy, melancólicas, tejen
su tristeza las arañas.

PRELUDIO INTERIOR

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente
á morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí esclavo de la tierra. Su liviana armonía
dió á mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surcos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi ser florecía.

Huiré, solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
á los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida.

ELEGÍA DE OTOÑO

Se fueron ya las golondrinas.
Está sin flores el jardín...
Sólo solloza en las neblinas
un melancólico violín.

Bajo la pena de los cielos,
las plañideras notas son
como los últimos anhelos
de un moribundo corazón.

Entre la brisa la voz muere;
y en su estertor oigo gemir
toda esta pena que me hiere...
y que no acierto á definir.

Vagas tristezas otoñales...
Temor de un pronto perecer...
Deshojamientos de rosales
en un lluvioso atardecer...

Presagio horrible que me aterra...
Miedo á la eterna obscuridad..
¡Y hasta en mis ojos, de la tierra
á veces siento la frialdad!

Algo mi labio al cielo envía.
Algo se apaga en mi interior,
mientras la tarde grís y fría
se está muriendo de dolor.

¿Qué hay en mis tristes pensamientos,
qué hay en mi vida, que se va
con esas hojas que los vientos
mueven y arrastran sin cesar?

Cayó la noche somnolienta
sobre el cadáver del jardín,
y entre sus sombras muere lenta
la última queja del violín...

Y nos recuerda el bronco llanto
de esas campanas al doblar,
que allá, en el viejo camposanto,
van algún tísico á enterrar!

FLOR DE CAMINO

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo, me ofreciste:
ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdíase á lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo, ufana
—¿Qué te importa mi nombre? Soy el Amor—dijiste...
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo....
¡Oh, tú, la más piadosa de las consoladoras!

¿Quién eras? ¿Dónde fuiste?... De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas.

EL JARDIN DE LOS BESOS

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas,
y en el fondo del parque, resbalando
como caricia de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta.

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la luna, amarilla y temblorosa,
resbala en azul como una lágrima...

¡Oh, tus alegres besos!... Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,
en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!...

¡Oh, tus piadosos besos!... Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos!... Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su murmullo de frescas carcajadas;
como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;

duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga...

La luna muere en el azul. La brisa
se duerme, temerosa, entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo donde late
el misterioso corazón del agua.

PAISAJE

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento.
El supremo cansancio... La llanura infinita...
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,
y jadeante abrasa de la tierra el aliento.

Todo polvo. Se duerme, aletargado, el viento...
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita....
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña proyecta en la llanura
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura,
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean
con lenta pesadumbre las aspas de un molino.

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda á la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles;
á fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles
se acercan las músicas de una caravana.

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines,

parad un instante bajo mi ventana
y con vuestros cantos calmad mi amargura!...
¡Que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgreñadas, ojos asesinos!
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina
que hoy gimes amores bajo mi ventana,
dime, eco ligero, fugaz golondrina,
¿bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas, inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente á mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante...
¿junto á qué camino volveré á encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata;
y sólo se escucha la voz de la fuente,
que muere en un hilo de trémula plata.

MISTICAS

I

JARDÍN MÍSTICO

En el viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura
que turba con su fúnebre blancura
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa, las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su grís melancolía.

No hay pájaros, ni suena una plegaria
en el jardín. Tan sólo cuando vierte
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
como si bajo el mármol de la Muerte
el rosal de la Vida floreciera.

II

TERESA DE AVILA

—Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
y es mi pasión tan honda y tan sincera,
que por gozar vuestro sufrir, quisiera
ser clavada con Vos sobre el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero
que vuestra mano libertarme quiera;
pero es tan larga y lóbrega la espera,
que muero, buen Jesús, porque no muero.—

Así clamó la Santa enamorada:
y tras largo cilicio extenüada
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
ávido el labio y palpitante el pecho,
esperando los besos del Esposo.

III

OREMUS

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante
desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,
en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,
inmóvil como una marmórea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,
y los labios, que aroma de incienso la plegaria,
tiemblan de unción... Su carne es una pasionaria
que, mustia, suda sangre bajo sayal de espinas.

A medida que el beso de la oración su boca
refresca y santifica, toda la vida loca
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas,

lo devora en las llamas de cruentos martirios,
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
y en las manos cruzadas palidez de azucenas.

IV

CRISTIANA

—Como en Jordán de Gracia, me he bañado
en tu santa palabra generosa,
y es gozo la tortura que hoy me acosa,
porque Vos, mi Señor, me la habéis dado.

A fuerza de cilicios he domado
la fiera de mi carne lujuriosa,
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
que una lluvia de sangre ha salpicado!—

Así clamó la tórtola divina...
¡Y mientras con la dura disciplina
los lirios de su carne maceraba,

la brisa del jardín traía aromas,
y en la ventana abierta se arrullaba
una blanca pareja de palomas!

LA HORA MISTICA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azuloso, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo, y en el alma se siente
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores
del claustro. De rodillas escucha los clamores
del órgano que entona responsos funerarios.

Y bendice á los monjes que en estas tardes puras
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas
al pie de los inmóviles cipreses solitarios.

LA BELLA DURMIENTE

Siento en sueños que acerca á mi oído
el temblor de sus labios un hada,
y me anuncia el paraje escondido
donde espera el Amor mi llegada.

Allí reina ideal primavera,
en el viejo país encantado
donde el solo monarca que impera
es un mago de manto estrellado.

Hay palacios de oro y diamantes
y jardines en flor, fabulosos,
que custodian dragones rampantes
y vigilan enanos celosos.

Entre flores de raras esencias
silba el mirlo sus risas triunfales,
y se apagan lejanas cadencias
y alaridos de pavos reales.

Y en el fondo del parque, arrullada
por el claro cristal de la fuente,
con la rueca á los pies olvidada,
duerme y sueña mi bella durmiente.

Duerme y sueña feliz, cual si una
boca amante sus labios besara...
¡Se ha dormido el fulgor de la luna
en la hostia de luz de su cara!

¿Quien hará, blanco lirio encantado,
que tu vida al amor se despierte?...
¿Será el beso nupcial del amado
ó el abrazo feroz de la muerte?

¡Quién tuviera la forma gallarda
de aquel héroe del lírico canto,
para ahogar al dragón que te guarda
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca...
Y al arrullo fugaz de la fuente,
con la risa temblando en la boca,
duerme y sueña mi bella durmiente.

LAS MUJERES DE SHAKESPEARE

Son horas de lecturas intranquilas.
Voz del sauce: Desdémona nos nombra,
mientras del negro Otelo las pupilas
se encienden cual carbunclos en la sombra.

Lady Macbeth, febril, enamorada
de la regia ambición de mi quimera,
su larga y fina mano ensangrentada
limpia, al acariciar mi cabellera.

Julieta espera en el balcón... ¡Entona
tu canto, ruiseñor, sobre Verona!
Ciego, conduce mi dolor Cordelia;

y coronada de nupciales flores,
de la tarde á los últimos fulgores,
pasa en el agua, adormecida, Ofelia.

PUREZA

La pura
blancura
—sagrario inviolado—
de tu carne, hermana,
aún no ha profanado
la pupila humana.

Tu boca,
que evoca
virgíneos amores,
aún tiene poesía...

¡Nadie todavía
respiró sus flores!

Tu mano,
que en vano
procura mi pena,
es blanca cual una
mística azucena
bañada de luna.

Tranquila
pupila
que al amor se esconde...
Lago inmaculado...
¡Claro espejo donde
nadie se ha mirado!

Pureza
que reza
y todo lo ignora...
Tu voz sólo sabe
—cuando ríe ó llora—
cantar como un ave.

LOS OJOS TRISTES

Bajo la sombra trágica de tus negros cabellos,
en la triste y anémica palidez del semblante,
la fiebre de tus ojos destella fulgurante
como si el alma entera se consumiese en ellos.

Abismos de desgracia, grandes ojos profundos
empañados de lágrimas y de melancolía,
que lívidos imploran, con la tenaz porfía
y el terror de los náufragos y de los moribundos.

Ojos mucho más negros que tu negro destino...
Niños que extraviados, de noche, en un camino
de fantasmas, auxilio suplican asustados...

¡Pobres ojos que miran la sombra de la Muerte,
y que antes de cerrarse, imploran de la suerte
sólo verse en el fondo de otros ojos amados!

LA CANCION DEL HOGAR

I

Olvidaremos el pasado. Huiremos
cuando la noche llegue;
cuando reine la sombra y no se vean
blanquear las paredes
del hogar, ni los cantos de la esposa
entre las flores del jardín resuenen.

Cruzaremos la cumbre solitaria
de las nieves perennes...

—¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras
de la noche solemne?

¿Dónde vas? El nublado se aproxima,
la tempestad se cierne,
y el lobo, aullando, sigue
las huellas de tus pasos en la nieve—,

nos dirán los pastores, sujetando
el mastín, que, gruñendo sordamente
en el dintel de la cabaña, enseña
la lívida blancura de sus dientes.

II

Despertarán nuestros piafantes potros
á la ciudad, que en las tinieblas duerme.

—¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.
Nieva... La luz del rayo resplandece.
No hay posada, y borraron los caminos
las aguas desbordadas del torrente—,

dirá el hombre del llano; y mientras, cauto,
para vernos mejor la luz eleve,

por la entreabierta puerta miraremos
el santo hogar y la fogata alegre,
la limpia alcoba y el nevado lecho,
donde una virgen, esperando, duerme...

III

Cruzaremos jardines encantados
y desiertos estériles.

—¿Dónde vas, pasajero taciturno?...
Silban en el camino las serpientes,
ruge el león, y acecha en los pantanos
la insaciable pantera de las fiebres»—,

exclamará el errante beduíno,
sujetando, al pasar, nuestros corceles.

Y bajo el lino de la blanca tienda,
entre esquilas y claros cascabeles
de camellos, oiremos las canciones
con que al hogar celebran sus mujeres.

IV

Pisaremos la playa, y fletaremos
la embarcación más débil.
—¿Dónde vas, marinero temerario?
El mar, ronco de rabia, se estremece,
y sobre el dorso de las olas chocan
los tiburones sus voraces dientes—,

nos gritarán los viejos pescadores
desde la humilde choza, mientras tejen
en torno del hogar, junto á los hijos,
la destrozada urdimbre de sus redes.

En la ligera embarcación iremos
donde el capricho de la mar nos lleve,
y entre el rugir del viento y de las olas,
á todo amor humano indiferentes,
náufragos del hogar, entonaremos
nuestros epitalamios á la muerte.

ALMA ANDALUZA

¡Sevilla!... Llameantes incendios solares...
Bajo el fresco palio de la verde parra
donde, de sol ebria, ronca la cigarra,
corren áureos vinos, sollozan cantares;

trémolos alegres lanzan las vihuelas,
y una gitanilla, morena y ardiente,
balanceando el talle, danza alegremente
al compás sonoro de las castañuelas.

¡Málaga!... Canciones que celosas gimen;
olas que acarician y besan lascivas;
labios, flor de llamas; ojos, ascuas vivas...
¡Floridas ventanas donde acecha el crimen!

Fantásticas fiestas de color. Marco
de sol, tentaciones y caricias locas...
Se oprimen las manos, se muerden las bocas,
¡y hasta los jazmines mueren de deseo!

¡Córdoba!... Fatiga... Calles silenciosas
de nieve... Perfumes que enervan las venas...
Se cierran los párpados, las manos apenas
sostienen un débil manojo de rosas...

¡Silencioso el río, muda la floresta;
el patio de mármol, la fuente que llora
gota á gota, trémula, su pereza mora,
y el negro abejorro que invita á la siesta!

¡Granada!... Recuerdos; ojos ojerosos...
Voluptuosidades el aire respira...
En los miradores Moraima suspira,
y hasta los cipreses sueñan silenciosos.

Crepúsculos de oro... Frondas rumorosas
donde nos predicen la buenaventura,
y el agua que surge, ebria de frescura,
cantando los sueños de las viejas cosas...

Ensueño, Pereza, Deseo, Alegría...
¡Toda el alma loca de mi Andalucía!

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

TRISTEZA ANDALUZA

¡Gitana, que tus rojos labios brindas bailando,
bajo la madroñera de tu obscura mantilla
tus grandes ojos negros se entornan, evocando
cármenes de Granada y patios de Sevilla!

La guitarra solloza un aire dulce y blando;
una voz, hecha lágrimas, llora una seguidilla,
y tu ardiente mirada al volverse, incitando,
como la fina hoja de una navaja brilla.

Mariposa que vuelas alucinada y loca,
con la fiebre en los ojos y el deseo en la boca,
llorando las nostalgias de algún amor pasado...

En tus manos leyeron el fin de tu jornada...
¡Caerás muerta, danzando, en medio del tablado,
el corazón partido por una puñalada!

CANCIÓN DEL OTOÑO

De los montes descienden las nieblas
como sombras que bajan del cielo.

Cautelosas avanzan temblando
por los húmedos campos desiertos;
se apoderan de todas las cimas;
se deslizan por todos los huecos;
las florestas invaden, y asaltan
el audaz campanario del templo,
y en las altas veletas despliegan
su triunfante bandera á los vientos.

Unas fingen castillos fantásticos;
otras lucha de monstruos quiméricos,
y las hay tan fugaces y pálidas,
que semejan desfile de muertos.

¿Dónde váis, vagas sombras perdidas
en los giros volubles del viento?

¡Tú, la blanca de trenzas de oro
que iluminan del sol los reflejos,
fuiste el símbolo puro y alegre
de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,
ha temblado en mis brazos tu cuerpo,
y en el rojo clavel de tu boca
se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,
entre cirios y flores de almendro,
yo he deshecho la cruz de tus manos
y he cerrado tus ojos abiertos!

De repente fulgura el relámpago:
se oye el ronco rugido del trueno:
y las nieblas, confusas y trémulas,
de las lívidas luces huyendo,
¡se deshacen en lluvia de lágrimas
en la calma profunda del cielo!

MISERERE

Yo soy como un monarca que su reino ha perdido,
y andrajoso y enfermo torna á su patria un día
á recibir limosnas de los mismos que había
con sus regias y pródigas manos enriquecido.

Están todos los lares á su dolor cerrados.
Camina entre los hombres como por un desierto;
y al pie de su palacio acaso caiga muerto,
herido por las piedras de sus propios soldados.

¡Oh, quimeras divinas, castillos estelares,
ri quezas que guardaba mi avaro pensamiento:
hoy sois como hojas secas que vuelan en los vientos,
tesoros de naufragios hundidos en los mares!

¿Dónde están mis alcázares?... Villanos son sus dueños
De sus magnificencias antiguas los despojan,
y manos maculadas y sangrientas deshojan
las flores que cuidaron las manos de mis sueños!

En piafantes corceles, al estruendo sonoro
de las trompas de guerra, mis legiones partieron
á conquistar el lírico Vellocino de Oro...
Y tristes, desangrándose, silenciosas volvieron;

sin armas, de vergüenza calada la visera,
sintiendo más que el peso de la derrota obscura,
la afrenta irreparable, la infinita amargura
de haber dejado en manos extrañas su bandera!

La espléndida bandera, cuyos vivos colores
fastuosos envidiaron las luces siderales,
donde brillaba el oro de mis timbres reales
bordados por las santas manos de mis amores...

¡Oh, Amada, aquella Amada que yo soñara un día
darle por trono el mundo y por dosel los cielos,
hoy ofrecer no puede mi amor á tus anhelos
ni el hueco de una tumba bajo la tierra fría!

¡Amada, Amada pálida, gemela de los lirios,
sólo te resta ahora de mis regias grandezas,
un alma devorada por todas las tristezas
y un cuerpo ensangrentado por todos los martirios!

EL JARDÍN ABANDONADO

Aunque á todo llegó la Primavera
en ti no ha florecido todavía,
jardín de invierno donde el alma mía
algún remoto florecer espera.

Canta un himno de amor la tierra entera
embriagada de luz... Y la alegría
brutal y ajena, aún más que tu sombría
y amarga obscuridad, te desespera...

Siento tu soledad, jardín sin rosas
en Primavera... Mis melancolías
hurañas y sin sol, tú también sientes...

Por eso en estas tardes silenciosas
vengo á ver tus tristezas, que son mías,
soñando en los cristales de tus fuentes.

TARANTELA

A las tímidas caricias
de una mano fina y pálida,
de una mano moribunda, que parece la de Cristo
de la cruz desenclavada,
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,
de la antigua Tarantela las cadencias olvidadas.

Y á compás de los acordes de la vieja melodía,
de sus lóbregos telares descendieron las arañas,
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo
con sus bronces sepulcrales las campanas.

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio
se refleja en su mirada;
y al andar, sus tardos pasos, tristes, copian el desfile
de la errante caravana,
que, soñando con las húmedas cisternas,
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias.

¡Oh, poetas, tejedores silenciosos,
melancólicas arañas,
que en la red de vuestros versos
se estremezcan prisioneros
todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas!

¡Cantad lo móvil, lo errante,
lo que fugitivo pasa!...
¡Mejillas que enrojecieron
al chocar nuestras miradas;
pupilas que, al paso, vimos
brillar tras una ventana!

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías
de cantares y de besos y de músicas lejanas,

que á la vuelta de un camino
se perdieron para siempre
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas...
¿Dónde fueron vuestras notas?
¿Bajo qué balcón florido
entonáis ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción que una noche
de luna, gimiendo plácida,
detuvo mi paso errante
junto á una reja entornada...
¡Vuelve á turbar el reposo
de las calles solitarias!

Rojos violines de zíngaros
que evocasteis mis nostalgias
en aquella alegre tarde
de recuerdos y esperanzas...
¡Volved á gemir amores
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,
voz de cristal y de lágrimas,
¿por qué no alegran tus risas
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en las sombras;
el harmonium gime y calla.

Y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines,
á lo largo del sendero que perfuman las acacias.

En el aire chillan locas las ligeras golondrinas;
y á compás del argentino repicar de las campanas,
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario
—blando nido que deshizo el furor de las borrascas—
un poema de caricias y de amores fugitivos
en sus redes de oro tejen, temblorosas, las arañas.

SONATA DE ABRIL

Fresco aroma de rosas... Los horizontes rojos
arden en el crepúsculo... Por los verdes caminos
florecientes, cantando, pasan los peregrinos...
¡El alma, el alma entera de Abril brilla en sus ojos!

¡Abrid vuestras ventanas; abridlas á los vientos
llenos de ruiseñores, los vientos sosegados
que ahuyentan, con sus besos de rosas perfumados,
sobre las frentes pálidas los tristes pensamientos!

Es la hora en que el alma melancólica espera
la divina palabra que le dé la alegría...
Un beso, una caricia de amor, la vida entera

se escapa de los labios, buscando en este día,
bajo el eterno júbilo de la azul primavera,
un alma que no sueñe y un labio que no ría.

PROEMIO

Es mi musa una virgen morena
de ojos negros y labios de grana,
que en las tardes de Mayo, serena
canta al pie de la vieja ventana.

A los sones de su pandereta,
sobre el pecho inclinada la frente,
en su lengua española interpreta
la canción de las Magas de Oriente.

Ella dice el amor pasajero,
la caricia furtiva y alada,
y se pierde en la noche callada
á compás de su ronco pandero.

No pedirle canciones picantes,
ni que grite placeres, ni ría...
En sus ojos la melancolía
ha quedado de soles distantes.

Es abeja su beso perverso
que aturdida, parásita y loca,
vuela audaz, á libar en la boca
de una rosa, las mieles de un verso.

Sabe viejas canciones que oyera
una noche de azul y de luna
á una blonda y gentil hechizera
que arrullaba el vaivén de una cuna.

Y os recuerda, confusa y lejana,
los rumores del eco perdido,
bajo el sol de la alegre mañana,
al volver un recodo florido.

Es su voz de misterios, y sabe
la doliente sonata olvidada
que dormita de pena empolvada
sobre el viejo marfil de la clave.

Fué un amor imposible su cuna...
Tiene labios de fuego y de grana...
¡Escuchadla á la luz de la luna
suspirar bajo vuestra ventana!

RENACIMIENTO

I

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero ríe, y cuando quiero vuela,
y he domado á mi estilo como á un potro salvaje,
á veces con el látigo y á veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales.

Y es el eterno y único ensueño de mi estilo
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

II

AVE, FÉMINA

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda á Magdalena!

III

LA SONRISA DEL FAUNO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

«¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?»
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

á un Fauno que en las frondas oculto sonreía...
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana
el Fauno, á esa pregunta, sonríe todavía.

IV

PAN

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo á las ninfas por las verdes florestas,
y me gusta embriagarme en mis líricas fiestas
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que dancen las vírgenes al son del sistro, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo!... Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas. Por ti amo la alegría
y las desnudas ninfas persigo por el prado.

¡Tus alegres canciones disipan mi tristeza,
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

V

PAGANA

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muje salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—,
acarició los senos y el cabello.

Leda dió un grito y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico
como triunfal insignia ensagrentada.

VI

VENUS DE MILO

De la Grecia y de Italia bajo los claros cielos
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrecieron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados
el mármol de tu carne se extremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la Pánica flauta en los bosques no invita
á danzar á los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huído la Alegría, ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios y una inmensa tristeza
cubre como un sudario las almas y las cosas.

VII

HISTÉRICA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Cosso, la cabellera al viento,
y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta á la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, á su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna... y sonriendo expira!

VIII

ANACREÓNTICA

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiera jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebosante de gemas,
cinceló Anacreonte estos versos divinos

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
—Bebe, ama y alégrate mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos.

IX

CAMAFEO

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, á solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
á modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica é inmóvil la mirada
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjoyados de amatistas.

X

POSTUMA

Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que, trémulo, deshoja su pureza
á las blancas caricias de una tímida mano.

No amortajad mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno por su riqueza
de envolver á un fastuoso emperador romano.

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
Yo amo al sol, luz y vida, y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta.

XI

LA MUERTE DEL SÁTIRO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos, que apenas mueve el viento,
bajo una encina, un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

Es una triste música, vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató á la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida.

Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla en el caramillo como si fuese un beso.

XII

LA ÚLTIMA ELEGÍA

¡Alma mía! Soñemos con la estación florida.
Abril, lleno de rosas, á nuestro encuentro avanza...
El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza.

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno por su riqueza
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
—Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza
llorando las nostalgias de su eterna alegría.

VENECIANA

La vieja mandolinata
¿ya no recuerdas, mi amor?...
¡Olorosa serenata
de nuestros sueños en flor!

La serenata que era
en las noches silenciosas
como un perfume de rosas,
besos de la primavera.

No sueñes con las canciones
que sus cuerdas te entonaron...
lirios que se deshojaron
bajo tus altos balcones...

A sus acordes lejanos
—la vela tendida al viento—
cruzaba mi pensamiento
los canales venecianos.

En marmórea escalinata,
al pie de una celosía,
un paje rubio tañía
la vieja mandolinata.

Sobre las ondas verdosas,
bajo la noche estrellada,
nuestra góndola dorada
iba de nardos, de rosas

y de jazmines cubierta,
y tú, de blanco vestida,
entre mis brazos dormida,
pálida como una muerta...

La vieja mandolinata
¿ya no recuerdas, mi amor?...
¡Olorosa serenata
de nuestros sueños en flor!

PERFUME ANTIGUO

Abrí con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre á los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas.

¡Tristezas de salones seculares!
El viejo terciopelo tiene alma,
y al ondular se queja, recordando
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.
Crujen las sedas de los muebles... Hablan
de lejanos recuerdos; se refieren
sus últimos amores en voz baja.

Y la leve patina de los siglos
con un temblor de lágrimas empaña
los antiguos espejos que semejan
verdes lagunas de dormidas aguas.

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,
visión alucinante, visión blanca,
que desde el fondo obscuro de ese cuadro
me ofreces un amor sin esperanza!...

¡Oh, busto de marfil donde la muerte
borró los tonos de la vida!... Grana
de los labios risueños, rosas frescas
de las rojas mejillas, esmeraldas
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto!...
Sólo el tiempo dejó la nota blanca.

Nota blanca que turba solamente
el fulgor de un rubí, que, entre las pálidas
camelias de tus manos, rojo, imita
una gota de sangre coagulada.

AL PASAR...

El sendero moría en la selva lejana.
Bajo un nogal, la casa de nieve estaba abierta.
Nacía el sol. Hilaba una anciana á la puerta,
y una niña reía tras la verde persiana.

¡Oh, blanca casa abierta, floreciente ventana,
sombra, reposo y calma en la jornada incierta,
al volver un recodo de la senda desierta
surgís en las azules brumas de la mañana!

Mesón al sueño abierto, puerta franca á la vida,
donde unos labios vírgenes nos dan la bienvenida
y una anciana le ofrece reposo al pasajero

que siente las profundas tristezas del camino...
¿En qué mañana, á vuelta de qué nuevo sendero
alegraréis los ojos del triste peregrino?

CREPÚSCULO

Los enamorados cruzan la floresta,
unidas las blancas manos temblorosas;
y triunfal recorre la ciudad en fiesta
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas;
músicas bohemias pueblan los jardines,
y entre los rosales, sobre las terrazas,
un canto de amores gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas
vuela en las campanas, vibra en los pianos,
ríe en el estruendo de las panderetas
y tiembla en las arpas de los saboyanos.

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas,
que invitáis, con vuestros misterios de nido,
á estrechar el talle de nuestras queridas
y á decirnos frases de amor al oído:

en todas vosotras asistí á una cita!
¡Conozco el paraje más bello y ameno...
y sé el banco rústico que, escondido, incita
á inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,
sois las predilectas de las almas locas!...
¡Entre vuestras sombras los ojos se miran,
las manos se buscan, se besan las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;
un rumor de danzas se extingue en las plazas;
y doliente y trémula, sobre las terrazas,
la nota postrera vibra en los violines.

En las calles solas, las primeras luces
entre las tinieblas arden temblorosas,
mientras de las torres en las altas cruces
deshoja el crepúsculo sus últimas rosas.

NOCTURNO

La noche tiende sobre el mundo muerto
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;
ascienden por la ásperas montañas;
ruedan al valle; cruzan los senderos;
lentas invaden la ciudad, resbalan
por los muros, se enroscan á los árboles,
entre las flores del jardín se arrastran,
y en los verdes juncales del pantano
asoman la cabeza, y, asombradas,
permanecen inmóviles, mirándose
en el profundo espejo de las aguas.

Es la hora negra del dolor... La cita
de las almas que viven separadas
por una eternidad... Tiembla en los muros
la sombra de un murciélago que pasa.

Ya no hay recuerdos del ayer. Mis labios
no secan la amargura de tus lágrimas,
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,
que en la incoherencia del placer me llama...

Tan sólo en el silencio, al apagarse
los últimos fulgores de mi lámpara,
aún parece que escucho el ruido, tenue
como rumor de seda acariciada,
que producen tus manos inexpertas
al desatar, temblando, tus sandalias.

LOS SONETOS Á LA HERMANA

I

Sobre el viejo piano
una sonata espera
caricias de su mano...
Tiembla en la vidriera

el crepúsculo... En vano
pides á tu Quimera
perfumes de un lejano
sueño de Primavera.

La soledad te espanta.
Se extingue en tu garganta,
como un adiós lejano,

un eco de agonía
que dice: —Hermana mía,
¿qué has hecho de tu hermano?

II

Muere el jardín. Al viento
ni una hoja se mueve,
ni un rosal vierte el leve
perfume de su aliento.

Los cipreses obscuros,
bajo la luz morada,
proyectan su azulada
sombra sobre los muros.

Gravita en el ambiente
un dolor tan violento
que hasta calla la fuente...

¡Oh, manos de otros días,
¿dónde estáis, que no os siento
temblar entre las mías?

III

Yo soy, hermana mía,
un romero mendigo.
En la senda que sigo
ni una estrella me guía.

Sed sin agua, la fría
noche sin pan ni abrigo,
sin un recuerdo amigo
que me haga compañía.

Al misterio me entrego.
Por él voy caminando
solo conmigo mismo,

igual que un pobre ciego
que fuese, tacteando,
al borde de un abismo.

IV

Sobre la paz del mundo
el silencio resuena
con un sordo y profundo
zumbido de colmena.

De pronto, los ramajes
resplandecen en una
florescencia de encajes,
—telarañas de luna—.

Y uniendo á su armonía
la infinita poesía
de esta divina hora,

al azul se levanta
la voz fresca y sonora
de un ruiseñor que canta.

V

Yo he seguido el camino
de la errante bohemia
entre amores de anemia
y locuras de vino.

¡Oh, Juventud! Tus rosas
se pierden en la brisa...
Besos dados deprisa,
caricias presurosas...

Fugitivos placeres...
Ojerosas mujeres...
Copas de vino llenas...

Las pipas humeantes,
los pálidos semblantes
y las largas melenas.

VI

Yo apagaré el sediento
impulso en que me abraso...
¡El cristal de tu vaso
no empañará mi aliento!

Perdido en el sangriento
misterio de mi ocaso,
ni una sombra, ni un paso
en torno mío siento...

El silencio da frío...
Y la esperanza es una
sepultura entreabierta.

Me siento en el vacío
rodar, bajo la luna,
como una cosa muerta.

VII

La antorcha de la Vida
sólo una vez, hermano,
sentiste estremecida
vacilar en tu mano.

Hora suprema y única,
cuando quedaste mudo
al rasgar una túnica
y ver tu amor desnudo...

Ensueños de mi ocaso...
Como el rumor de un paso
el corazón advierte...

Alguna voz me nombra...
¿Eres tú, ó es la Muerte
lo que llega en la sombra?

VIII

¿A qué seguir? Rendido
tu labio brinda iguales
besos que otras sensuales
bocas me han ofrecido...

No esperes ya... Tu ardiente
sed, tus fiebres constantes
no hallarán una fuente
ni unos labios amantes.

¡Oh, Juventud perdida!...
Cruzarás por la vida
como una virgen ciega

que por pan y por vino
se entrega en el camino
sin ver á quién se entrega.

OCTUBRE

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa
de un álamo que, tenue, mece el viento.
De pronto, una canción dulce y lejana
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,
de pámpanos ceñidos los cabellos,
y temblando en las redes del corpiño
las cándidas palomas de los senos,
vienen cantando el himno del otoño,
con los brazos en alto, sosteniendo

sobre sus frentes por el sol tostadas,
con gracia de canéforas, en cestos
de mimbre, los racimos donde hierve
la divina embriaguez del vino nuevo.

Ellos detrás, alegres y danzantes,
atraviesan los húmedos senderos,
con la flauta en el labio, y temblorosos
sobre el registro los movibles dedos.

Cruzan hollando las marchitas hojas...
Entre rumor de risas y de besos
se pierden las cadencias de la música
y en lentas gradaciones van muriendo.

En los lejanos bosques llamearon
los resplandores de otoñal incendio.
El humo de los últimos hogares
elevábase, rígido, á los cielos.

Una hoja seca palpitó en los aires,
entre las ramas onduló un momento,
y cual dorada mariposa herida,
aleteando descendió hasta el suelo.

COPOS DE NIEVE

Agoniza de frío la tierra,
coronada de flores de escarcha.

Palidece el coral de sus labios;
las azules pupilas se apagan,
y sus rígidas manos exangües
sobre el pecho ateridas se enlazan.

Los fatídicos buitres la rondan;
el sepulcro entreabierto le llama;
la desgreñan los vientos, que aullando
en corceles de hielo cabalgan;

y la noche, el vampiro insaciable,
extendiendo sobre ella la alas,
en el mar de sus venas extingue
la diabólica sed que le abrasa.

Ya descienden los copos de nieve
de la tierra á labrar la mortaja...
¡Margaritas en flor que deshojan
desde el cielo unas manos muy blancas!

En el alma del niño son sueños;
en la sien del anciano son canas...

Forman púdicos ramos nupciales,
y acarician cual nube de gasa
el candor de los hombros desnudos
de la rubia y gentil desposada.

¡Ya descienden los copos de nieve
de la tierra á labrar la mortaja!

Y al mirarlos tejer en el aire
el urdimbre ideal de sus danzas,
en las manos apoyo la frente...

Pienso entonces en cosas muy blancas:
en el fresco azahar de las vírgenes,
en los cirios que alumbran el ara,

en el místico albor de las hostias,
en el mármol triunfal de la estatua,
en el velo que cubre á las novias
y en el nimbo que cerca á las santas.

Y ante mí, silenciosas y lentas,
á compás de cadencias lejanas,
van cruzando mis horas felices,
¡mis visiones alegres y blancas!

Al salir de sus tumbas me miran,
y cual sombras de nubes que pasan,
lentamente se alejan y borran
en la inmensa llanura nevada.

La escondida casita que albea
en el bosque florido de acacias;
los jazmines que escalan los muros;
el arroyo que juega á sus plantas;
peinadores de seda que envuelven
la pureza inmortal de mi amada;
las palomas que besan sus hombros
con el tibio candor de las alas,
y la luna que nimba de ensueños
el marfil de su frente cansada...

¡Oh, blancura inmortal del recuerdo!
Tú iluminas mis negras nostalgias,
y floreces cual lirio de nieve
en el rojo jardín de mi alma.

Fuiste nube de encaje en mi cuna,
mariposa ideal en la infancia,
regio armiño en mis sueños de gloria
y azahar en la sien de mi amada.

Ya la noche llegó. Lentamente
en las torres dobló la campana...

¡Descended, blancos copos de nieve,
y daos prisa en labrar mi mortaja!

Aulla un perro agorero á la puerta,
y azotando mi faz con sus alas,
un vampiro fantástico vuela
á sorberse la luz de mi lámpara.

RAPSODIA

A la memoria de Manuel Cardia.

¡Es la vida tan árida! Es tan triste la Vida,
que no vale la pena de esperar su partida...

De esperar la partida del barco amarillento,
donde la Muerte arroja sus cenizas al viento...

¡Alma mía, no llores! Está franca la puerta
que conduce al ensueño. En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo á Dios clemencia, llorando tu partida...
Abandona las playas donde ríe la Vida.

¿Qué te dejas en ellas? El sepulcro entreabierto
de tus locas quimeras; la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor. (El veneno
del áspid á quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muerde. Ahoga su abrazo de pantera.
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entre sus garras se agota nuestro brío,
nos arroja á las bestias feroces del hastío...

En brazos de la carne morir de amores quiero...
¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero,

¿por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida,
por un instante, el tedio profundo de la Vida?

Es la gloria espejismo del desierto del mundo;
áncora á que se acoge el nauta moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...
De tanto llorar ciegan los soñadores ojos,

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre,
sintiendo las nostalgias de la gloriosa cumbre.

¡Nada te liga al puerto de la Vida, Alma mía!
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento
hincha las rojas velas del barco amarillento...

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida

á los locos placeres, en la estéril ribera
del mundo, si á lo lejos, amante, nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?

AL PARTIR

De mí la gente se apartó ligera
cuando nada que darles ya tenía...
¡Sólo quedaste tú, Melancolía,
mi única inseparable compañera!

Marchemos hacia el mar... La tierra entera
nos invita á partir... Se apaga el día...
Suelto el velamen á la brisa fría,
para zarpar la nave nos espera...

Dormiremos tranquilos entregados
á los vientos... La noche es atrayente...
Entonan las sirenas sus cantares...

Y pienso en la frialdad de los ahogados
que entre dos olas, silenciosamente,
descienden hasta el fondo de los mares.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	7
Prólogo	9
Ofrenda	17
La sombra de las manos	19
Preludio interior	25
Elegía de otoño	27
Flor de camino	31
El jardín de los besos	33
Paisaje	37
El alto de los bohemios	39
Místicas:	
I. Jardín místico	43
II. Teresa de Avila	45
III. Oremus	47
IV. Cristiana	49
V. La hora mística	51
La bella durmiente	53

Págs.

Las mujeres de Shakespeare 57
Pureza 59
Los ojos tristes 61
La canción del hogar 63
Alma andaluza 67
Tristeza andaluza 71
Canción del otoño 73
Miserere 77
El jardín abandonado 81
Tarantela 83
Sonata de Abril 87
Proemio 89
Renacimiento:
I. El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje 93
II. Ave, fémina 95
III. La sonrisa del Fauno 97
IV. Pan 99
V. Pagana 101
VI. Venus de Milo 103
VII. Histérica 105
VIII. Anacreóntica 107
IX. Camafeo 109
X. Póstuma 111
XI. La muerte del sátiro 113
XII. La última elegía 115
Veneciana 117
Perfume antiguo 119

Págs.

Al pasar 123
Crepúsculo 125
Nocturno 127
Los sonetos á la hermana:
I. Sobre el viejo piano 129
II. Muere el jardín... Al viento 131
III. Yo soy, hermana mia 133
IV. Sobre la paz del mundo 135
V. Yo he seguido el camino 137
VI. Yo apagaré el sediento 139
VII. La antorcha de la Vida 141
VIII. ¿A qué seguir? Rendido 143
Octubre 145
Copos de nieve 147
Rapsodia 151
Al partir 155

Precio: 2 pesetas

8.000

1ª ed. Roma
Encuadernación nueva
tela con tejuelo

- AND
- ALM
- VE1
- P1

Biblioteca de Andalucía
Sig.: 860-Vil-can
Tít.: Canciones del camino
Aut.: Villaespesa, Francisco
Cód.: 7544349 S.Sup.: DUP-C-466